

## Enrique Bunster: "Recuerdos y Pájaros"

Por HERNAN DEL SOLAR

661 831

Hay quienes se empeñan en trazar una raya divisoria entre literatura y periodismo. Fabrican sus mapas literarios marcando con tenacidad la cordillera apartadora. Es la frontera que a cada cual lo sitúa en lo suyo y que no se cruza —así lo creen—sin grave peligro. De cada lado, un estilo diferente. El periodista, a su periódico, a su resignación de ser efímero. El escritor, a sus libros, al propósito de ser eterno.

Esta creencia cuenta con no pocos defensores. Es difundida, enseñada, tenida por indiscutible. Sostienen sus prosélitos que el periodismo le produce al escritor las enfermedades más extrañas: se le acaban todos los glóbulos rojos del lenguaje, se le acorta la vista, se le paraliza el gusto, y en cualquier momento —sin remedio posible— se muere. A su vez, la literatura le hincha al periodista las orejas con palabrotas fugadas de tremendos diccionarios, le impide una exacta percepción de los colores, le hace pasar por la actualidad canturreando como un papagayo que está embalsamándose solo.

Los buenos escritores y los buenos periodistas nunca se han preocupado de tal majadería. Escriben simplemente. Saben que toda clasificación de ésta o parecida naturaleza sólo sirve para que no haya silencio en una sala de clase, para escribir gruesos libros merecedores de medallas y condecoración, para una larga serie de cosas que nada tienen que hacer con la vida.

Y ésta es lo único que importa. Lo saben a ciencia cierta el escritor y el periodista. Sin ella, todos estaríamos ocupados en tratar de distinguir lo literario de lo periodístico, tratando de marcar la división entre ellos, torrenteras de palabras huecas. Pero la vida se encarga de tener un sabor literario y un sabor periodístico, perfectamente discernibles y valederos. En las grandes obras, en las más amenas, en las que se leen con sostenido agrado y se recomiendan, literatura y periodismo se unifican, crean un lenguaje coloquial de limpia estirpe, le dan gracia, verdad, firmeza memorable al acto de la comunicación.

Quien desee comprobarlo de la manera más saludable no tiene más que acercarse a "Recuerdos y pájaros", el sobresaliente libro de Enrique Bunster, que publica Editorial del Pacífico. Se trata de

un volumen de cerca de 400 páginas, gran formato, en el que un escritor de raza trabaja con un admirable periodista en inseparable asociación, para hacer de Enrique Bunster un autor sencillamente delicioso. ¿Qué hay en él, por sobre todo otro mérito? Sin el menor titubeo: hay vida, una vida auténtica, intensa, generosa, único fundamento de un libro que aparece para permanecer.

Hace 35 años publicó Nacimiento un volumen de cuentos: "La primera noche galante". Dice Bunster, su autor, que le avergüenza recordarlo. No obstante, ya había en él una vitalidad que le ha ido definiendo a través de los años, permitiéndole mantener a lo largo de una veintena de obras una recia juventud. Si en esos cuentos hubo pequeños arrebatos retóricos, podía observarse ya que emendaría rectamente el rumbo. Tomó con destreza el camino propio que le correspondía. Ha ido dominándolo a fuerza de trabajo, de afán incansable, de una sana alegría de ser escritor. Este impulso comunicativo, cordial, se advierte en cada uno de los géneros que cultiva: teatro, crónicas históricas, recuerdos de viaje, cuentos, novelas, páginas sin clasificación escolar, testimonio —todo esto— de cómo un hombre va en busca de sí mismo y de un claro conocimiento del mundo y de su época. Para Bunster el oficio de escribir —se quiera o no— está lleno de nobleza y el escritor desempeña un papel importante en la aventura humana de vivir. En cada una de sus páginas, con mayor o menor fuerza, pero siempre sin vacilaciones, se repara en su idea y sentimiento de que el escritor no debe ser sino el mejor compañero de los demás hombres, principalmente en días como los actuales, recorridos por profetas de riguroso luto que van vociferando mensajes de derrumbes inminentes. "En el mundo en que estamos —escribe— y en la época en que vivimos, el escritor no puede ofrecer nada más saludable ni de más segura demanda que los "mensajes de alegría" de que habló Carlos León. La gente los está esperando como el desayuno de cada mañana. ¡No todo es siniestro! ¡No todo está descompuesto! La humanidad está empezando a vivir. La vida tiene y tendrá siempre sus lados buenos, sus momentos maravillosos, sus probabilidades y sus ilusiones, que no importa que no se realicen, porque basta con que cumplan su

finalidad de hacernos soñar. Y para esto está el arte, para mantener encendida la llama de los sueños de la belleza y de las aspiraciones superiores; para que permanezcamos fuera de la caverna".

Esta misión de optimismo, a pesar de los contratiempos y desilusiones, pone en el escritor Bunster un ancho repertorio de preferencias vitales. De aquí, indudablemente, que en sus escritos tengan el mejor lugar los audaces, los generosos, los constructores, los que poseen —en los momentos dramáticos— serenidad y determinación, y los que se ayudan a sí mismos y a los demás con una visión limpia de las cosas y un buen humor que fortalece y guía.

En "Recuerdos y pájaros", recopilación abundante de trabajos publicados en diversos periódicos —muchos de ellos, de entre los mejores, en este diario— cualquier observador de criterio justo no puede dejar de reconocer que Enrique Bunster es un maestro de la crónica, el más grande de los nuestros, porque con la mayor sobriedad, amenísimamente, da vida a hombres y sucesos con una inmediatez tal que los tenemos junto a nosotros y los apreciamos en sus dimensiones exactas. Este es el arte esencial del periodista, del escritor, de quien tiene por oficio la obligación de resucitar lo sucedido, de proyectar la vida en sus palabras.

Los personajes que cruzan por el libro son de distinto tiempo, carácter y significación. A todos les inyecta Enrique Bunster la dosis vital necesaria para que, escapados del mundo, tengan en el libro su existencia, y amen, desdeñen, actúen, sueñen, se comporten con notoria lealtad a su naturaleza. Destacan, a nuestro gusto, las páginas consagradas a examinar la personalidad de algunos de nuestros escritores, ojeándoles la vida y la obra, arrancando de ellas —a montones— anécdotas que los suelen representar de cuerpo entero. El cronista es penetrante, agudísimo cazador de gestos, palabras, actitudes, que —en su espontaneidad— descubren ante nosotros pequeños secretos que iban guardados en lo íntimo.

"Recuerdos y pájaros" es libro que se recuerda. En los ratos de lectura siempre se pondrá a contarnos como si fuera por primera vez unas cuantas cosas chilenas que no caben, ciertamente, en el olvido.